

impulso constante para cumplir gustoso con las obligaciones que tiene para con su prójimo. Porque, por lo mismo que ha recibido dones personales, no sólo en provecho propio, sino también para ponerlos á disposición de los demás, según sus necesidades, así se robustecen esos dones en él mismo por el provecho que de ellos sacan los demás. Y si, por reciprocidad, pretende recurrir en provecho propio á los servicios de su prójimo, tiene una hermosa ocasión de practicar la justicia, de reconocer modestamente sus faltas personales, y de acercarse al prójimo caritativamente.

Así, los medios más humanos de que nadie puede privarse para llegar á su propio perfeccionamiento, son la caridad, las relaciones, la sociabilidad, la enseñanza recibida y dada, la nivelación de las cualidades recíprocas, en una palabra, toda esa muchedumbre de virtudes particulares que comprendemos con el nombre de «justicia para con el prójimo». Nadie vive para sí. Como miembro de un gran todo, ningún individuo puede llegar á su fin, sino cumpliendo con sus obligaciones en relación con ese todo.

7. El principal sentimiento de justicia para con el mundo está entre nosotros.—Mas no debe ser nuestra justicia simplemente la de un súbdito con respecto á su señor, ó la de un igual con respecto á otro igual; debe ser la de un soberano. Porque todos hemos nacido para ser reyes, y todos debemos someter á nuestro imperio un reino vasto y bien poblado. Mucha circunspección y mucha energía exige la empresa de hacer prosperar en ese reino la justicia para con los súbditos que lo forman, cada uno según su importancia. «El tiempo breve es, y pasa la figura de este mundo. En consecuencia, cada uno debe pasar por su morada terrestre, de modo que no malgaste los preciosos momentos que se le han concedido; y el que se sirve de las cosas de este mundo, debe tener mucho cuidado de que no le sean obstáculo». ⁽¹⁾ Debe tenerlas y em-

(1) I Cor., VII, 29, 30, 31.

plearlas como medios que le faciliten la llegada al término, y no como medios que le hagan imposible la consecución del fin; debe dominarlas y no dejarse dominar de ellas. Sólo tiene el verdadero espíritu de justicia quien no se deja absorber por el cuidado de las cosas exteriores, aun cuando le sea imposible substraerse á ellas. «Fuiste llamado siendo siervo; no te dé cuidado». ⁽¹⁾

«Si has recibido de los bienes del mundo en mayor cantidad que otros, guárdate de poner tu confianza en cosas inciertas». ⁽²⁾ Tal es el espíritu del que ha nacido para ser libre, tal ese sentimiento primario que no son capaces de degradar ninguna felicidad, ninguna adversidad, ni ninguna situación exterior. «Sé, dice un jefe de esta escuela, sé vivir humillado y sé vivir en la abundancia, de todos modos estoy hecho á todo, á tener hartura y á sufrir hambre, á tener abundancia y á padecer necesidad». ⁽³⁾ «En todo padecemos tribulación, mas no nos acongojamos; estamos en apuros, mas no quedamos sin recurso; padecemos persecución, mas no somos desamparados». ⁽⁴⁾ «Nos maldicen, y bendecimos, nos persiguen, y los sufrimos». ⁽⁵⁾ «No demos á nadie ocasión de escándalo, porque no sea vituperado nuestro ministerio; antes, en todas cosas, mostrémonos como ministros de Dios, en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias, en pureza, en ciencia, en longanimidad, en mansedumbre, en Espíritu Santo, en caridad no fingida, en palabra de verdad, en virtud de Dios, por armas de justicia, á diestro y á siniestro, como muriendo, y he aquí que vivimos; como castigados, mas no amortiguados; como tristes, mas siempre alegres; como pobres, mas enriqueciendo á muchos; como que no tenemos nada, mas poseyéndolo todo». ⁽⁶⁾

Tal debe ser nuestra conducta con respecto á las cosas

(1) I Cor., VII, 21.

(2) I Timoteo, VI, 17.

(3) Filipenses, IV, 12.

(4) II Cor., IV, 8-9.

(5) I Cor., IV, 12.

(6) II Cor., VI, 3-10.

del mundo que ha puesto la ley bajo nuestro dominio.

8. La victoria más fácil y más grande consiste en establecer la justicia en nosotros.—Mas por lo mismo que decimos que lo poseemos todo, debemos primero reinar sobre nosotros mismos. Y ¡quién lo creyera! La justicia para con nosotros es la parte más difícil de nuestra empresa moral. Es cosa que irrita que pueda ser cualquiera exteriormente un Catón, é interiormente, consigo mismo y con sus inclinaciones, sea un Helí: mas sin dificultad se comprende que se ha de presentar con frecuencia esta contradicción. Es más fácil hacer de lazarillo, siendo luz de los que andan en tinieblas, que iluminarse á sí mismo en la propia oscuridad. Estas tinieblas interiores no son de las que desaparecen á los primeros rayos del sol. Semejantes á esos oscuros nublados del invierno, luchan obstinadamente contra la luz, porque no es la debilidad natural el verdadero obstáculo para llegar á nuestra perfección.

Exige la justicia que tengamos miramientos con esa debilidad, pero sin dejarnos vencer de ella. Por eso se ha escrito: «Tenéis necesidad de perseverancia». ⁽¹⁾ «¡Valor! No flaqueen vuestras manos, y será recompensada vuestra perseverancia». ⁽²⁾ Los verdaderos obstáculos cuya amenaza sentimos, son las pasiones que no vigilamos, el orgullo, la obstinación de la voluntad propia, y la ciega y loca sensualidad. Á estos tres enemigos pueden aplicarse estas palabras: «El látigo para el caballo, el cabestro para el asno, y la vara para la espalda de los necios». ⁽³⁾ ¡Justísimo! Después, y es también exigencia de la justicia, nos será permitido enseñar á los demás lo que hemos practicado ya nosotros, así como tendremos derecho para ingerirnos en sus negocios, si hemos comenzado por hacer reinar en nosotros el orden. ¿Cómo puede hacer justicia á los demás el que no es justo para consigo mismo? Quien no sa-

(1) Hebreos, X, 36.

(2) II Paral., XV, 7.

(3) Prov., XXVI, 3.

be lo que debe ser, quien no está seguro de sí mismo, ¿cómo podrá mezclarse en lo que le es extraño, sin perder la estabilidad de su punto de apoyo? No pertenece el hombre á las cosas; las cosas pertenecen al hombre; el hombre es propiedad de sí mismo y de Dios, y halla á Dios en el momento en que se ha establecido en paz por la observancia de la estricta justicia.

9. Extensión de las obligaciones del hombre.—Seguramente que es grande la labor que pesa sobre el hombre. Descender á las sombras profundas de la insondable vida de su alma; elevarse hasta el pie del trono de Dios; vivir en el mundo en que reinan tantas injusticias; dar á cada uno su derecho; saber cómo ha de conducirse en todas las circunstancias; obedecer á los de arriba, servir á los de abajo; ayudar á derecha é izquierda; después, en medio de todo, establecer la paz dentro de sí mismo; dar á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César; consagrar á los deberes de estado lo que exigen; cumplir primero con sus deberes; y, con todo, saber guardar todos los derechos de la caridad libre; dar al espíritu, al cuerpo y al mundo lo que cada uno tiene derecho á esperar; «pisotear lo terreno, y elevarse sobre sí mismo», ⁽¹⁾ «no deber á nadie sino el amor mutuo»; ⁽²⁾ no reservar para sí los frutos de ese penoso trabajo, sino ponerlos en el altar del corazón consagrado á Dios, y ofrecerlos como sacrificio al dador de todos los bienes; obra es esta que exige en todos un ojo muy perspicaz y un corazón muy generoso. Todo lo abraza la justicia completa, que es la empresa del hombre completo.

10. Dificultad, escasez, belleza y fuerza del carácter en que se halla el conjunto.—Es además necesario que se transforme esta multiplicidad de obligaciones en un todo completo, lleno de vida, y de una sola pieza. Decimos que es completa una cosa, cuando no le falta ninguna parte constitutiva perteneciente á su naturaleza y actividad,

(1) Lamentaciones, III, 28.

(2) Romanos, XIII, 8.

y cuando, unidas entre sí todas sus partes, forman una unidad proporcionada. Hablando con toda precisión, sólo á Dios corresponde el honor que se halla en esta cualidad. En Él la diversidad inconmensurable es un reino inagotable de perfecciones, el cual es la misma cosa que su unidad, y, ahondando más, la misma cosa que su simplicidad. Su omnipotencia es su sabiduría, su sabiduría es su existencia, y su existencia es su esencia. Apenas si nosotros, pobres hombres, que no percibimos en nosotros otra cosa que abismos y desuniones, somos capaces de formarnos débil idea de esa sublimidad de Dios. Porque ya, en las más humildes criaturas que vemos sometidas á nosotros, hacemos la poco consoladora observación de que rara vez se adaptan unas á otras las escasas perfecciones que les son propias para formar un todo perfecto. Mas al dirigir nuestra observación al hombre, podríamos creer imposibles de realizar la unidad y el conjunto, vista la plenitud de su ser y el cúmulo de cualidades que de él se derivan. Al uno le falta la justicia para con Dios, al otro la justicia para con el prójimo; un tercero busca la perfección en los bienes exteriores, sospechando apenas que la primera condición que permite el desarrollo á un hombre completo es la plenitud de su vida interior. Después, cuando vemos realizada esa maravilla, hacia la cual se dirigen nuestros deseos, cuando encontramos un hombre que ha cumplido con esta justicia, tropezamos todavía con una decepción final; le falta el coronamiento que domina el edificio completo de la virtud, el sello que imprime al todo los rasgos de la belleza.

Por desgracia, la mayor parte de los hombres lleva en sí muchísimos caracteres muy diferentes. Tienen uno para la vida exterior y otro para la interior; uno para todo lo terreno, y otro para lo que tiene relación con Dios. En casa somos muy diferentes que en público; en presencia de los extraños no somos los mismos que en presencia de los nuestros. Pero no hay más que un sólo carácter, el carácter uniforme, en el cual podemos reconocer valor, ese ca-

rácter en que se desenvuelven todas las tendencias sin contradecirse, sea arriba, sea abajo, ya interior, ya exteriormente. Es carácter completo el que, á impulsos de un mismo pensamiento, y tomando un punto de partida común á todo el mundo, todo lo refiere á un solo y mismo fin; pensamientos y sentimientos, deseos y acciones, miradas y palabras, ciencia y fe. Sólo es un carácter sano aquel que produce en todos una bienhechora influencia al menor contacto que con él tengan, el que con toda verdad, posee lo que consideraban los antiguos como el último grado de la perfección; espíritu sano en cuerpo sano. Hasta en su conducta exterior, en la manera de atravesar el umbral de su casa, en la mirada que dirige á sus hijos, se siente la presencia de un todo que sabe armonizar perfectamente lo exterior con un interior perfecto. Esa unidad crea finalmente ese carácter enérgico que nada es capaz de torcer, ni de asustar, ni de enervar. Nada busca, y nada teme; todas las circunstancias lo encuentran grave y firme, manso y fuerte, siempre inalterable. «Difícilmente se rompe una cuerda de tres dobleces» ⁽¹⁾ dice el Sabio. Aquí es de cuatro; ¿cómo podrá romperse?

Pero el lazo de esta unidad es una fuerza extremadamente sencilla; es la perseverante aspiración hacia el único verdadero fin del hombre y de todas sus acciones. Multitud de fines fraccionan la unidad; un solo pensamiento, un solo fin la forman. Se hallan raras veces hombres completos, porque son poco numerosos los hombres homogéneos. Pero sólo hay homogeneidad en el hombre, cuando todo se refiere á un sólo fin, á Dios.

Nadie espere jamás hallar un hombre completo, sino buscando siempre y por todo y sobre todo el honor y el servicio de Dios; ni espere tampoco llegar á serlo por otro camino que por éste.

11. Poesía de la prosa; el todo en la medida de lo posible.—Todo esto es tan fácil de comprender y se nos impone con tanta naturalidad, que deberíamos extra-

(1) Eclesiastés, IV, 12.

ñarnos de verlo tan raramente realizado. Pero sabemos que el secreto de la verdadera grandeza es la sencillez y la naturalidad, cualidades que saben apreciar muy pocos. Todo esto es tan frío al mismo tiempo, por no decir tan prosaico, que nos sentimos tentados á decir que esperábamos algo más sublime con respecto á la empresa del hombre completo. Mas también tiene su poesía la prosa. No hacen hombres completos los pretenciosos y desmesurados discursos de los filósofos y de los poetas. ¡Cuán vacío quedaría quien quisiera formarse en su escuela! Vana es en realidad la vida de los hombres que poseen esos ricos talentos de la palabra, de la pintura y de la música. ¿De qué les sirve haber pronunciado hermosas frases y haber ejecutado obras pequeñas? ¿No es indigna prosa cantar acciones brillantes, y despreciar las obligaciones que recuerdan esas acciones? Muy bien lo comprendió el poeta escocés, cuando tomó esta decisión:

«Debo á la rima y al verso
 »Y debo á la poesía
 »Decir el último adiós.
 »Que no hay del hombre en la vida
 »Nada más grande y hermoso
 »Como ver que de la dicha
 »Sus hijos y mujer gozan
 »Aunque en su sufrimiento él viva». (1)

Habría más belleza en el mundo, si en el cumplimiento del deber y en los esfuerzos hechos para poner en orden su interior, vieran la verdadera grandeza aquellos cuyos nombres son célebres en el arte, en la ciencia y en los empleos públicos. Entre tanto, para él el carácter completo es una cosa hermosa. Pero es hombre completo el que fielmente cumple con los áridos deberes de cada día, según su condición y la medida de sus fuerzas, según las luces de sus conocimientos y las inspiraciones de su conciencia. Á nadie se puede pedir más; es sin contradicción el punto más alto á que se puede llegar, la empresa más difícil que sea dado llevar á cabo. Á nadie exigimos la perfección

(1) Burns, *Lieder und Balladen, von Silbergleit*, 119.

suprema, pero pedimos verdadera y completa perfección. Aunque diferentes el uno del otro, es completo el niño y es completo el hombre, porque los dos responden á la idea de su especie. Á pesar de muchas debilidades, consideramos carácter completo el que mejora lo defectuoso que ha podido contraer, el que aspira á subir siempre más, y el que, sin perplejidades de ningún género, se esfuerza por practicar lo que á cada instante le presenta como deber suyo la conciencia. (1) ¿Llega la muerte á sorprenderle en medio de su trabajo? Entonces decimos que «ha vivido poco, pero ha llenado muchos tiempos». (2)

No ha llegado al desarrollo más perfecto, pero ha hecho lo que ha podido, y, por lo tanto, ha realizado un todo completo. Quizá otros, poseyendo más excelentes aptitudes y colocados en circunstancias más favorables, alcancen un grado de prosperidad más elevado; pero serán hombres completos sólo á su modo, si cumplen con las obligaciones que les incumben, como lo fué á su modo también el primero, porque han hecho, como éste, lo que estaba en su poder.

12. Los grandes y los completos. Carácter.—Y es un fin este del cual no se excluye á nadie; no todos pueden ser grandes sabios ni grandes hombres de Estado, en una palabra, grandes hombres. Pero todos pueden llegar á ser algo más de lo que son; sino lo logran, su vida ha sido una existencia desgraciada, aunque celebre el mundo entero su grandeza. En vano ha vivido un hombre grande, si al mismo tiempo no es hombre completo; y habrá vivido una vida llena y habrá realizado mayores cosas que aquel cuyas brillantes acciones relata la historia, el hombre completo, aunque nadie le haya conocido. Pueden ser modestas sus apariencias, pero no importa, porque basta con que sea lo que debe ser. Aquí no se tienen en cuenta las apariencias; sólo se estima la realidad. El brillo nada vale; sólo el oro tiene valor; y este valor permanece, aunque no brille, aun-

(1) S. Gregorio Magno, *Evang.*, 31, 8; S. Bernardo, *Ep.*, 254, 2, 4.

(2) Sabiduría, IV, 13.

que nadie le conozca. El verdadero metal lo forman la sencillez y la pureza de corazón, tras las cuales nada falso se oculta, y el cumplimiento modesto del deber. Si se pasa el tiempo en contemplar el lustre y el bruñido, no tardarán en llegar las decepciones. Nos repele un caos de acciones y cualidades grandes y hasta grandiosas, mientras que nos causa el más vivo placer la unidad, por pequeña que sea, cuando es verdadera y está llena de vida.

Sin embargo, ¿á qué perdernos de nuevo en palabras que nos alejan siempre del fin primero que debemos tener á la vista? Digámoslo todo de una vez; un carácter entusiasmado por lo sublime, dispuesto á todas las dificultades, pero al mismo tiempo inalterable en el deber, y firme en su vocación, exacto en las cosas más pequeñas, y fiel á la voz de la conciencia, sean grandes ó de poca importancia las acciones que le mande ó le prohíba; un carácter que sabe sacar partido de todo momento, como si de cada uno dependiera la perfección; un carácter no engreído, sino, por lo contrario, sencillo y natural, sincero y verdadero ante sí y ante los demás, siempre igual, tanto interior, como exteriormente, ante Dios y ante los hombres, que halla la fuente de la vida en nuestro Creador y consumidor, que sabe dar vida á toda su actividad para darle forma homogénea, en una palabra, un verdadero Justo, tal es el verdadero carácter, alma grande y hombre completo.

13. Encuentro de la naturaleza y de la Revelación. Necesidad del hombre y doctrina del Cristianismo.—En esto está todo el fin de nuestro desarrollo puramente humano. Quizá sin conocerlo bien, lo hemos tenido constantemente á la vista. Apenas se presenta más claro, sentimos que está enteramente conforme con las necesidades de nuestra naturaleza moral racional. Sobre esta base construye el Cristianismo. Primero trata de perfeccionarla, para que reposen en terreno sólido las creaciones que quiere llevar á cabo en nosotros. «Temed á Dios y observad sus mandamientos: eso es todo el hombre». ⁽¹⁾ «La

(1) Eclesiastés, XII, 13.

firmeza en el temor y en la justicia del Señor, hace á los hombres completos». ⁽¹⁾ No quiere imponernos preceptos de imposible realización como potencia extraña; pues «por nosotros mismos podemos distinguir lo que es justo». ⁽²⁾ porque «la ley de la justicia, escrita está en nuestro corazón con caracteres vivos». ⁽³⁾ No hay en el mundo quien no sepa esto por convicción propia, nadie que pueda considerarlo como imposible, nadie que no se condene á sí mismo, cuando rehusa cumplir con lo que exige de nosotros la ley de Dios.

Nos dice lo mismo la razón, enseñándonos esta verdad indiscutible: que son sólo fruto de la justicia la perfección del hombre y la paz del corazón. Pero es necesaria una justicia en todo el sentido de la palabra, una justicia completa arriba y abajo, interior y exteriormente. Su altura toca en el trono de Dios; su profundidad desciende hasta las cosas más pequeñas; su extensión, hasta donde hay seres que reclaman sus servicios y deberes que llaman nuestra atención; en nuestro corazón está su centro.

14. Darse cuenta y obrar. ¿Cómo se llega á ser hombre completo?—Es absolutamente cierto que se ha impuesto á todos los hombres este fin, y que todos pueden llegar á él; y estamos convencidos de que no se puede llegar á él sin fuertes combates y sin mucho trabajo. Por ahora es inútil examinar más largamente si ha llegado alguno, y hasta si puede llegar á él, fuera del Cristianismo. Nos hemos propuesto en estas conferencias demostrar que la doctrina cristiana es la única que nos pone á la vista este fin, que no nos deja descanso alguno hasta que lo hayamos conquistado bajo su dirección. No sabemos si hemos realizado lo que esperábamos; pero estamos ciertos de que el mejor juez es el que precedentemente ha hecho esfuerzos serios para tributar la debida justicia á estas verdades. No hace al hombre completo el simple conocimien-

(1) Eclesiástico, II, 1.

(2) S. Lucas, XII, 57.

(3) Romanos, II, 15.